



Avilés René
La nube viajera y otros cuentos / René Avilés Fabila
México: UANL, 2013



Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villareal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono (5281) 83294111 / FAX (5281) 83294095
e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera Edición, 2013

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© René Avilés Fabila
© Juan Alberto Mancilla

ISBN:

Reservados todos los derechos conforme a la ley.
Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra
por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito del editor.

Imágen de portada: Juan Alberto Mancilla
Ilustraciones: Juan Alberto Mancilla
Maquetación: Verónica Vázquez Orozco
Cuidado editorial: Patricia Butrón

Impreso en Monterrey, México / Printed in Monterrey, Mexico

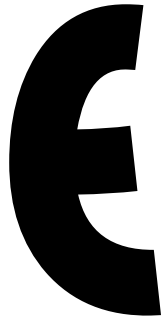
Esta obra se terminó de imprimir en abril
del año 2013

LA NUBE VIAJERA Y OTROS CUENTOS

René Avilés Fabila

EL COCODRILO FELIZ



A large, bold, black letter 'E' that is partially cut off on the left side, serving as a decorative element for the start of the text.

esa noche el pequeño cocodrilo, a diferencia de sus hermanos, no pudo dormir tranquilo. El día anterior, se acercó con curiosidad natural a un grupo de cebras que bebían en la orilla del río y pudo escuchar que una de ellas decía:

– Cuidado, se acercan los cocodrilos, aparte de repugnantes son feroces.

Al sentirse rechazado por aquellos “burros con rayas”, el cocodrilo nadó rápidamente, con intenciones de jugar, hacia un grupo de venados que asimismo lo desdeñaron en cuanto lo vieron. Sólo dos rinocerontes optaron por quedarse junto al río, pero en su actitud había algo peor todavía: indiferencia, desprecio, después de todo, su linaje era tan antiguo como el de los cocodrilos, su tamaño mucho mayor y protegidos por una fuerte coraza y un cuerno amenazante.

El joven cocodrilo se mantuvo largo rato en la frontera entre el agua y la tierra, asoleándose e incapaz de acercarse a algún otro animal. De pronto, un león de pocas semanas de nacido corrió hasta él. Lo olfateó y con sus diminutas patas quiso jugar. Inmediatamente fue llamado por un rugido poderoso: era el padre que le prohibía acercarse a “tan despreciable ser”, con aspecto de tronco putrefacto y hocico con mal aliento. El pequeño león apenas titubeó, le echó una última mirada y corrió tras la manada que gobernaba, orgulloso, su padre.

Hasta ese momento, su madre no le había dicho nada al respecto. La había visto cazar para alimentar a los hijos porque el padre era un cocodrilo desobligado y perezoso. Pero cazar para alimentarse no le parecía anormal ni fuera de lo establecido por la Naturaleza. Todas las especies matan para comer, aún los vegetarianos que le quitan la vida a plantas y vegetales.

Se acercó a su madre que dormía plácidamente a mitad del río africano, dejando que el sol penetrara el

organismo a través del grueso y rugoso lomo.

– Mamá, ¿en verdad los cocodrilos somos muy feos y asesinos implacables?

La madre despertó y aún somnolienta observó a su pequeño hijo.

– ¿Feos? Depende cuál sea el concepto de belleza. Las cebras se sienten hermosas, también los leones y los tigres y los tiburones y hasta los pulpos tan exageradamente llenos de brazos. En cambio siempre han repetido que las hienas y los chacales son horribles. Los cocodrilos no somos feos, simplemente somos distintos de los demás. Pero déjame decirte algo, hijo. Poseemos una larga estirpe. Nuestra especie tiene más de setenta millones de años y poco o nada hemos cambiado. Logramos sobrevivir a cambios brutales como tortugas y lagartijas; permanecemos en la tierra a pesar de las persecuciones y matanzas que reducen la vida salvaje del planeta. Por vida salvaje, hijo mío, se entiende la libertad. Recuerda, además, a los dinosaurios, fueron los gobernantes del planeta durante millones de años, un simple cataclismo los destruyó y para sobrevivir se convirtieron en pájaros, en gallinas y en aves de distintas características que ahora son enjauladas o, algo peor, ignoradas o vistas con desdén: ¿Quién quisiera ser una gallina, siempre tan dispuesta a poner huevos que pocas veces producen pollitos? Nosotros seguimos igual, quizá nuestro tamaño y en consecuencia poder, hayan disminuido un tanto, pero cuando las condiciones son óptimas y por desgracia ya cada vez son menos saludables, llegamos a medir más de seis metros de largo y a pesar dos toneladas. Nada distante de nuestros antepasados que coexistieron con el tiranosaurio Rex o el iguanodonte.

El cocodrilo bebé no supo qué más preguntar. La respuesta de su madre se le antojaba muy difícil de comprender, tendría que meditarla.

– Pero mamá, yo veo que los leones y los tigres son hermosos y los capturan para observarlos y admirarlos. A nosotros todos nos ven con temor.

– No, hijo, los grandes felinos, a pesar de su fiereza aparente, al final se doblegan y cruzan por aros llameantes, se sientan en sillas y obedecen la voluntad de un cirquero con tal de sobrevivir, a cambio de un pedazo de carne. Los elefantes que han logrado conservar un tamaño descomunal son usados como bestia de carga, transporte, armas de guerra y diversión de carpa. Nunca encontrarás un cocodrilo amaestrado.

Podrás ver leones y elefantes, cebras y gorilas... Nosotros no conocemos la fuerza del látigo ni nos sometemos, como las focas y las orcas, a ridículas recompensas. Somos una especie orgullosa e indomable, no lo olvides cuando oigas palabras de desprecio para nosotros. En realidad inspiramos respeto y temor. ¿Asesinos? Matamos para comer, para sobrevivir, mientras que los humanos – todos lo sabemos – matan por puro placer y no hay poder que los detenga.

El pequeño cocodrilo permaneció pensativo durante un rato. Luego abrió muy grandes los ojos y agitó la cola.

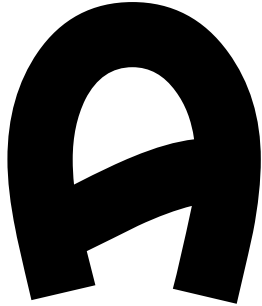
– Ya entiendo, mamá: los cocodrilos pertenecemos a una raza especial y no debemos cambiar.

– Sí, hijo, podemos estar en cautiverio, pero no estaremos domesticados nunca, si quieren nuestra piel será a costa de nuestra vida.

Y muy contento nadó hacia la orilla del río en busca de cebras y jirafas y antílopes que asustar con su carácter indomable y su voluntad de no inclinarse ante nadie.

FÁBULA DEL PATO INCONFORME





fuerza de no emplearlas, el pato doméstico ha atrofiado sus alas. Teniendo la comida asegurada — por motivos de engorda —, prefiere no moverlas más que para des-
perezarse. Se conforma con los torpes movimientos que puede hacer sobre la tierra. Sólo en el agua se transforma: sus características son rapidez y elegancia. Mas tal hecho no es frecuente y a excepción de su visita a parques públicos y casas de ricos, el agua no toma parte en su vida. En apariencia, a los patos domésticos no les interesa el acto que los haría desplazarse con belleza y agilidad: el vuelo (pero he visto a más de uno mirar nostálgicamente el cielo). Pese a todo, parecen vivir gustosos sin volar.

Sin embargo, en cierta ocasión, un pato de esta clase, a disgusto con su incapacidad, decidió volar igual que sus antepasados y algunos parientes actuales. Para ello se puso a dieta balanceada y diario hacía ejercicios alísticos.

Tengo que lograrlo, tengo que lograrlo, pensaba el pato obsesionado. Ir a buscar agua, nadar, volar, viajar. Y mientras el ave palmípeda practicaba, sus dueños preocupados la veían comer apenas lo indispensable: quería evitar el peso excesivo. Además, sus graznidos, durante el ejercicio, eran demasiado sonoros y constantes y las plumas desprendidas del cuerpo se esparcían por el pequeño patio, escenario de los aleteos.

El pato casi no dormía. Dedicaba las noches a imaginarse en pleno vuelo, confundiéndose con las caprichosas formas de las nubes. Volar de un lado a otro sin tocar el suelo para nada. Al amanecer, ansiosamente renovaba sus prácticas.

Acerca de esa situación extraña, los dueños hicieron miles de conjeturas, pero nada sacaron en claro. No se

descartó, tampoco, la posibilidad de la locura del pato. Mientras tanto, él ni siquiera advertía las miradas penetrantes de sus amos. Sólo agitaba las alas hasta quedar exhausto.

Después de varios meses de entrenamientos incesantes, el plumífero lograba sostenerse durante algunos segundos en el aire, para luego caer pesadamente. Sus esfuerzos eran premiados, aunque con lentitud.

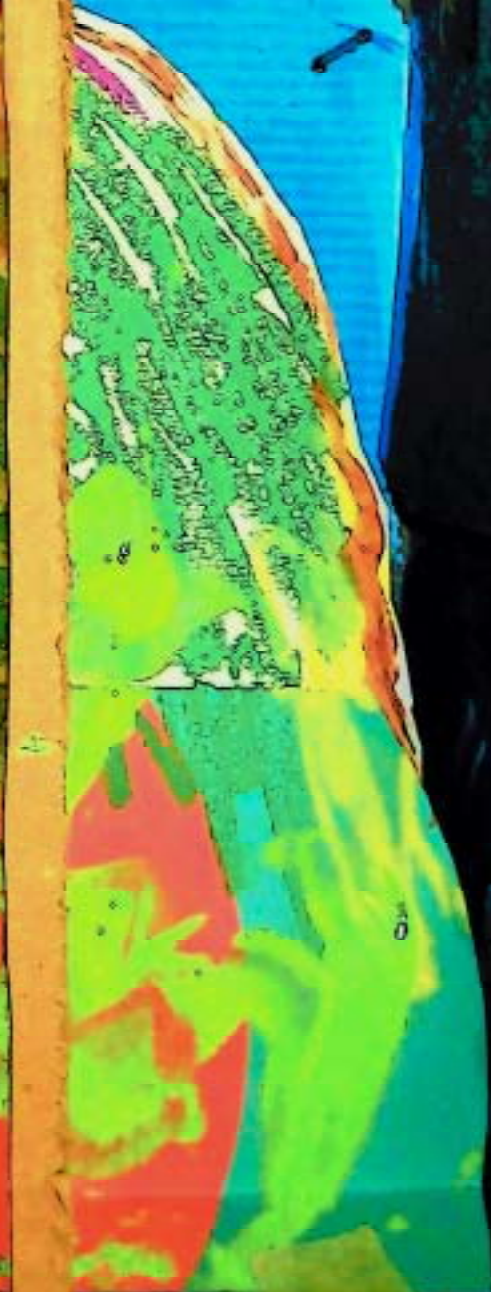
Calculaba que en dos o tres meses más podría superar el defecto heredado por la pereza de sus ancestros.

Un día, la dueña, que aún no lograba explicarse su actitud, lo tomó entre sus brazos, como acariciándolo.

Y ni el mismo pato pudo darse cuenta del momento en que le cortaron el cuello. Exánime, fue conducido a la cocina.

FÁBULA DEL PERICO PARLANTE

De la derecha
a la izquierda



A Rosario

*El cautiverio es doble humillación cuando captores,
con toda buena fe, lo tratan a uno como animal inferior.*

Bertram Chandler: La jaula

D

entro de una jaula de proporciones generosas, vivía el perico más bello e inteligente del mundo. La prisión era amplia, lujosa, llena de comodidades y pequeños detalles agradables, pero al fin y al cabo prisión.

Nunca perico alguno fue tan mimado como él. Mas a pesar de los halagos y de la abundante comida era infeliz. Anhelaba salir, escapar. Desde que lo compraron y se descubrió que no se trataba de un mero imitador de sonidos humanos, sino de un perico talentoso, capaz de construir oraciones con sentido lógico e inclusive de participar en largas pláticas sobre los más diversos temas, sus dueños lo trataron como lo que era: una rara avis. Claro es que, por temor a perderlo, no le fue permitido salir de la jaula. En compensación, cumplían todos sus caprichos por mínimos que fueran.

El perico jamás descuidó su preparación intelectual y solicitaba todo tipo de obras: desde literatura accesible, hasta complicados tratados de química y física nuclear. No olvidó la música, la pintura, el teatro; mucho menos la filosofía. Gracias a su notable memoria, rápidamente poseyó una vastísima cultura.

Al fin se sintió agobiado dentro de la jaula. Quería abandonar el cautiverio y asombrar al mundo con su inteligencia. Estaba muy seguro del triunfo, de la conquista de toda clase de públicos. En vano habló con quienes lo habían adquirido: se negaron a aceptar sus proposiciones y tampoco pudo convencerlos con el elevado porcentaje que ofrecía sobre las ganancias. Únicamente deseaban conservarlo, deleitarse con su charla y cultura.

El perico meditó una venganza que puso en práctica con celeridad. A partir de ese momento se negó a hablar: el mutismo fue su estado normal como respuesta a la incomprensión y al egoísmo de los dueños. Y sus comidas eran frugales, con el objeto, según él, de no tener contacto alguno con ellos.

Pasó mucho tiempo. La jaula permanecía colgada en el lugar habitual, llena de polvo; mientras, el ave de plumaje verde, casi inmóvil, se limitaba a mirar de vez en vez a su alrededor. En el fondo alimentaba la esperanza de que sus dueños cedieran. Es cuestión de otros meses, pensaba animosa. Pero el tiempo seguía huyendo y el perico, sin notarlo, se hizo viejo y achacoso.

Un día, al hacer un balance de gastos, los dueños encontraron egresos imputables al perico. Por esa causa, y creyendo en la pérdida de su inteligencia y de sus facultades verbales, fue ofrecido a una compañía disecadora de animales.

El ave no se inmutó ante la nueva perspectiva, pues aunque le aterraba imaginarse convertida en adorno de chimenea, sabía cómo impresionar a los taxidermistas: bastaría disertar un poco sobre teoría política en Max Weber o, quizá, declamar algunos sonetos de Shakespeare, bien matizados, para modificar su destino. Sonó el timbre de la casa. El perico estaba tranquilo. Los dueños hablaron con los disecadores y el trato se hizo. Llegaron hasta la jaula; entonces él, sacudiendo sus alas, intentó decir algo y sólo pudo tartamudear lamentablemente, balbucir vocablos ininteligibles.

— Ni siquiera sabe hablar — dijo alguien en forma burlona.

Jaula y perico salieron bamboleándose en la mano de uno de los hombres que trabajan para Disecaciones Estéticas, S. A.

EL EXTRAÑO VISITANTE

(VARIACIÓN SOBRE UN TEMA DE KAFKA)



n

unca supe de dónde ni cómo llegó, pero el animal mitad cordero mitad gato se me presentó varias veces. En un principio más que sorpresa tuve pánico. Apareció de noche en la sala de mi casa. Su extraña figura lucía inexorablemente sobrenatural, quizá por la oscuridad que dominaba a los restos de luz. Al prender el foco, escapó sin darme tiempo a observarlo. La segunda visita fue en el estudio, también realizada al amparo nocturno (prueba de que su parte gato predominaba). El escaso brillo de una pequeña lámpara me permitió ver, no sin dificultad, a aquel ser cuyos ojos despedían repetidos fulgores verdes maravillosos. Estaba yo sentado, leyendo; empujó la puerta entreabierta y asomó la cabeza. En esta ocasión me miró fija y detenidamente, permitiéndome analizarlo, para enseguida, no con la velocidad deseada por su parte felina, desaparecer con la rapidez que le permitía la parte cordero.

Medité sobre el caso y concluí que el animal era incapaz de hacer daño alguno. Sin embargo, no comprendí el significado de sus visitas.

Transcurrió una semana completa antes de volver a encontrar al visitante nocturno. Estaba a punto de meterme en la cama, hojeaba un libro, sentado en la orilla, cuando el animal penetró lleno de una confianza no manifestada las veces anteriores. Ronroneando llegó a mí para restregar su gatuna cabeza contra mis piernas, mientras que la mitad cordero, aún tímida, guardaba distancias. No supe cómo reaccionar: echarle fuera de la casa, aceptar sus caricias o, tal vez, venderlo a un espectáculo circense. La bestia, como si adivinara mis titubeos, retrocedía poco a poco, dando pasitos, sin dejar de mirarme con tristeza. Luego desapareció. Durante largo rato estuve pensativo, aletargado. Al salir del trance pude advertir el suceso. Fui a la calle en ansiosa búsqueda. Se había esfumado y ni rastros de él. Mi conducta, vista con serenidad, resultó idéntica a la de todos, para quienes a fin de cuentas el visitante sólo era una

rareza zoológica indigna de afecto.

Ahora, sabiendo que el extraño no volverá a ofrecerme su amistad, por las noches, alimento frágiles esperanzas y dejo abiertas puertas y ventanas.

LOS REPTANTES



*La culebra camina sin patas, la culebra se esconde
en la hierba; ¡caminando, se esconde en la hierba!
¡caminando sin patas!*

Nicolás Guillén: Sensemayá

1

Todos los reptantes — con extremidades — se caracterizan por llevar el cuerpo cerca, quizá demasiado, de la tierra. Pero las serpientes, exagerando, abandonaron las patas, decididas a arrastrarse. Todavía en ciertas variedades se notan los restos del viperino deseo: la serpiente pitón, por ejemplo, tiene a los lados de la abertura cloacal dos raras proyecciones, vestigios de las patas traseras. También otros reptiles: algunos lagartos, en su bajeza, permitieron el atrofiamiento de tales órganos, tomando así el aspecto de ofidios. Puede culparse, entre otros, como causante de ese acto vergonzoso, a la serpiente de vidrio europea (*Anguis fragilis*, como la llaman los naturalistas), que en realidad es un mero saurio ápodo sin pretensiones de ninguna clase.

25

2

Existen plenos indicios de que los reptiles desean perder las extremidades. Al paso que van, dentro de millones de años, absolutamente todos reptarán, prescindiendo del uso de las patas. Es lamentable, pues su empleo los dignificaría (como las alas a las aves, las piernas a los hombres, las aletas a los peces). Por último, no olvidemos que la tierra sirve para pisar con firmeza, nunca para arrastrarse.

3

Pero algo han ganado los reptantes sin patas. Ahora fácilmente pueden ocultarse de las miradas humanas que casi siempre son despreciativas y, en algunos casos, de interés científico al pensar en una posible disección. Con rapidez se esconden tras de árboles caídos, en huecos de formaciones rocosas o bien entre la vegetación abundante. Al ser capturados, pese a sus múltiples defensas o a su escurridizo miedo, son destinados a dos sitios: al jardín zoológico o al taller de talabartería. En el primero no producen grata impresión. Los niños les temen, los adultos son indiferentes y nadie intenta prodigarles una caricia. En el segundo lugar, y contra su voluntad, su piel es empleada para zapatos que protegerán al pie humano.

FÁBULA DEL CABALLO DERROTADO



h

había una vez un caballo velocísimo que ganaba todos los handicaps donde competía. Famoso, querido y respetado, nunca le faltaban yeguas, buenas pasturas y atenciones del veterinario. Por supuesto, el dueño obtuvo prestigio para su cuadra y dinero para su bolsillo.

Cuando el caballo perdió la primera carrera (derrotado por dos narices), se iniciaron sus desgracias: el dueño decidió que era tiempo de venderlo y, sin recordar la gloria que le trajo durante varios años, fue puesto en subasta.

Un labrador hizo la mejor oferta y condujo al equino a su granja; ahí lo destinó a faenas brutales: tirar de una carreta muy pesada, jalar un arado, soportar a los hijos del campesino que con un látigo lo obligaban a pasearlos por las montañas y cosas parecidas.

El caballo al llorar — triste, solitario, bajo un cobertizo que apenas lo defendía de las intolerancias del clima, añorando los aplausos en los hipódromos — demostraba ser pura sangre al verter lágrimas rojas.

EL MOSCO



n

ada más escuchaba el zumbido constante, eterno, de un mosco; me impedía dormir. En vano intenté cubrir mi cabeza bajo la almohada para alejar el aleteo: inútil: buscaba mi cuerpo con intenciones de saciar su apetito. Me sentía cansado, con fuerte jaqueca a causa del insoportable calor. Desesperado, encendí la luz. Instantáneamente cesó el zumbido. Mis ojos, en cuanto se acostumbraron a la claridad, buscaron al insecto; al no hallarlo volví a la oscuridad. Unos diez segundos fueron necesarios para escuchar el renovado vuelo. Qué fatiga: dos días sin dormir por el excesivo trabajo de la oficina. El nerviosismo, consecuencia del agotamiento, amplificaba cualquier ruido hasta hacerlo insoportable. Traté de ignorar el zumbido, aunque sin resultados positivos: el animalejo persistía en su búsqueda. Ya angustiado, con la lámpara nuevamente prendida, quise matarlo. Nada, no había nada. Ni detrás de los muebles ni en las paredes ni en ningún lado. El mosco se desmaterializaba a placer. Malhumorado, fui otra vez a la cama. Oscuridad y silencio. Pero: bzzzzzzz. Me tapé con las cobijas -desde la punta de los pies hasta la cabeza. ¿A salvo? No. El zumbido torturante estaba muy cerca, quizá dentro de la improvisada funda. Exhausto, en ese momento vi miles de moscos en mi busca. Agité con fuerza el cuerpo, con desesperación. ¡Si está aquí lo aplasto!, pensaba. Mi mano fue hacia el buró para que la luz volviera. Detenidamente rastree entre las sudadas cobijas al mosco muerto o, por menos, la mancha de sangre que deja el aplastamiento. Ni mosco ni mancha. Él proseguía desmaterializándose. Debo calmarme, dije en voz alta. Sobre la cama, en cuclillas, odiaba al autor de mi angustia. Envidié a las personas que, pese a los ruidos y a saber que minúsculos seres atrincherados en la oscuridad nos roban pequeñas cantidades

de sangre, logran dormir profundamente. El mosquito había desaparecido. Lo único real aparte de mí era el reloj que en silencio notificaba una hora: las cuatro de la mañana. Levantándome a las siete aún podría dormir tres horas, tres largas horas, antes de volver al trabajo. Pero ¿cómo liquidar al bicho? Fui por el insecticida (por eso debí empezar); no hubo un solo sitio de la casa que dejara de mirar: rincón tras rincón con el mayor esmero. Nada. Con seguridad el maldito mosco se escondió. Regresé una vez más a la cama, obsesionado, buscando en las paredes el punto delator. En ese instante tuve una idea: leer hasta la salida del sol y ganarle la partida al ruidoso mosquito. Así, yo despierto y la luz encendida, no lograría materializarse. Buena aunque desagradable solución. Tomé un libro sin ver siquiera el título, el autor: mis ojos recorrieron las palabras impresas sin comprender su significado. Éxito: el díptero no hallaba las condiciones necesarias para alimentarse. Mas la triquiñuela no duró. Después de varios titubeos el foco dejó de emitir luz; la oscuridad fue perfecta y yo ignoraba la razón. Alguna descompostura en la Central, un cable destruido... En fin, ya no tenía importancia: estaba a merced del insecto. Mantuve los ojos muy abiertos, queriendo taladrar la espesa negrura de la habitación, y mis oídos alertas, intentando captar el ruido, mínimo al principio, que gradualmente aumentaría hasta hacerse insufrible, pavoroso. El zumbido no regresaba. Quizá todo fue una grotesca pesadilla, un monstruoso sueño. El pensamiento aún vibraba en mi cerebro cuando reapareció el monótono aleteo. Agité ambas manos para asustarlo. ¡Si el sol no entra por la ventana ahuyentándolo voy a volverme loco! Era indispensable detenerlo porque se volvía más fuerte, más y más y más. ¡Mi cuerpo, tendido sobre la cama, semidesnudo e indefenso, respiraba con dificultad, movía los brazos en forma instintiva, mecánica! ¡Estiré las manos para intentar atraparlo y... sí, el sonido concluyó: estaba en mi puño derecho! ¡Lo sentía en las yemas de los dedos! ¡Lo trituré! ¡El asqueroso insecto se desintegraba bajo la presión! ¡Apreté más cada vez, durante largo rato! Venganza. Luego, con un extremo de la colcha, limpié sus restos. Ahora sí podría dormir unas dos horas. En esa nueva situación resultaba mejor la falta de luz. Tranquilamente me dispuse a dormir, a dormir y a descansar. Cerré los ojos, pero un zumbido me hizo abrirlos...

FÁBULA DE LA TORTUGA Y EL ESCORPIÓN



F

inalmente el escorpión consiguió salir del desierto, pero para llegar a una zona que se le antojaba prometedor era necesario cruzar un río impetuoso. No lejos estaba una tortuga asoleándose. El escorpión le preguntó:

– Hola, Tortuga, ¿podrías ayudarme a cruzar el río?

La Tortuga miró al Escorpión largamente, en especial se fijó en la terrible amenaza que llevaba en la cola.

– No puedo, Escorpión, porque tu naturaleza es picar a los demás y tu veneno es mortal.

– No, Tortuga, no, te prometo que no te picaré. Ayúdame a cruzar el río.

La Tortuga se resistía ante los ruegos del Escorpión, pero al final, y luego de la renovada promesa de que no le clavaría el aguijón ponzoñoso, aceptó a cruzarlo.

El Escorpión se subió en el caparazón y a medio río trató de clavarle el aguijón a la Tortuga. La maniobra fue en vano: no pudo penetrar la dura coraza.

La Tortuga, irritada por la maniobra de su pasajero, le dijo:

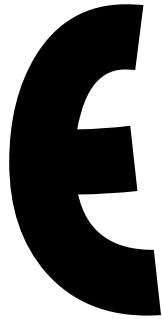
– Ya ves, Escorpión, tu naturaleza es picar a los demás sin importar que te ayuden. Eres malagradecido y criminal.

Dicho esto, la Tortuga se sumergió en las aguas más profundas y el Escorpión murió ahogado. Cuando la Tortuga nuevamente salió a flote, dijo en voz alta, como para que la escuchara alguien:

– Cierto, ésa es tu naturaleza, mientras que en mí prevalece el instinto de conservación.

DÁTIL



A large, bold, black letter 'E' is positioned on the left side of the page, partially overlapping the start of the first paragraph. It is a simple, sans-serif font.

Emilio tuvo una infancia rodeada de mascotas: perros, gatos, aves y tortugas. A su lado, casi siempre había un pastor alemán, pero en esa ocasión, una de sus tías, Mimí, le obsequió su propio perro: se casaba y no tenía lugar para el dálmata. ¿Por qué se llamaba Dátil? No sabía ni le importaba; como todos los dálmatas, era blanco con hermosas manchas negras y tenía los ojos azules. Emilio lo recibió gustoso y decidió cuidarlo con esmero. Todos los días lo llevaba al parque a jugar y, pese a las protestas de su madre, dormía en su cama. Cuando Emilio regresaba de la escuela, Dátil lo esperaba en la puerta moviendo la cola, sabiendo la hora exacta en que su dueño y amigo entraría para dejar la mochila llena de libros y cuadernos en la sala y antes de comer (siempre puntualmente a las dos de la tarde, mientras vivieron los abuelos), jugar un rato, revolcándose juntos en el patio.

Pero aquel día Dátil no estaba. La falta de ladridos alertó a Emilio: ¿dónde está mi perro? La sirvienta dijo no lo he visto, probablemente estará debajo de la cama o en la azotea, asoleándose. Una búsqueda cuidadosa arrojó el temible resultado: el animal no estaba en casa. Cuando llegaron su mamá y abuela, Emilio, lloraba. Toda la familia salió a las calles en busca del dálmata. Nada, no estaba, era obvio que se había perdido o se lo habían robado. ¿Por qué dejaron la puerta abierta?, protestaba el niño una y otra vez, inconsolable.

Durante una semana la casa fue un lugar triste y solitario, el silencio apenas era roto por las órdenes de la abuela. Emilio, con sus amigos, puso carteles en toda Ciudad Jardín, ofreciendo una recompensa a quien lo hubiera visto. En esos momentos, poco salía de su habitación. La siguiente semana se sintió mejor y una noche soñó con Dátil: estaba en una casa de la Colonia Portales, en la calle Víctor Hugo 284. El sueño la mostraba con toda claridad: azul claro, con una amplia reja negra y dos grandes árboles al frente. Allí

aullaba un perro cuya tristeza era visible. Al siguiente sábado, Emilio tomó su bicicleta y le pidió a Sergio que lo acompañara a Portales. Su mamá sonrió ante la advertencia de que iría por Dátil. Pobre de mi hijo, pensó, cree en los sueños y nunca acabará por distinguir la realidad de la fantasía.

Luego de una afanosa búsqueda de los niños, la casa del sueño fue hallada. Era exactamente como Emilio la soñó. En la medida en que se acercaban a la reja negra, un perro saltó una y otra vez. Los ladridos revelaban la agitación canina. Seguro es Dátil, me olió. Pero no, no era, se trataba de un animal enorme, de un san Bernardo que padecía el calor de la Ciudad de México. Emilio metió la mano y lo acarició, el perro dejó de ladrar y la lamió afectuosamente.

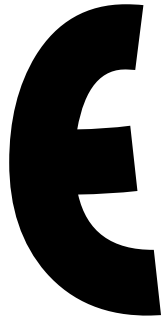
Sergio, mirando la pena de su mejor amigo, le dijo: No te preocupes, lo encontraremos. Abruptamente apareció la dueña de la casa y preguntó qué deseaban. Buscamos a mi perro, señora, un dalmata que se llama Dátil, respondió Emilio, apoyado por los gestos de Sergio. Ah, quizá sea el que mi esposo encontró vagando por las calles hace unas semanas, y entró a la casa para salir un minuto después con un dalmata sucio. ¡Era Dátil! La señora abrió las puertas y Emilio se encontró con su mascota. Gracias, señora, muchas gracias por haberlo salvado, es muy tonto y no sabe esquivar los coches.

En el camino de regreso a Ciudad Jardín, conduciendo muy despacio las bicicletas para que el perro no se alejara, Sergio preguntó cómo supo dónde encontrarlo.

Emilio pensó detenidamente la respuesta. Un compañero de la escuela me avisó que podría estar en Portales y me dio la calle y el número.

LOS GUAJOLOTEROS



A large, bold, black letter 'E' that is partially cut off on the left side, serving as a decorative element for the start of the text.

El guajolote es el pavo mexicano y los guajoloteros eran aquellas personas que conducían parvadas de estos plumíferos por los laberintos urbanos ofreciéndolos en venta: ¡Hay pipilaos, piiiipilaoooooooooos! Y uno sabía (a diferencia de los niños de ahora que se orientan por la televisión y la publicidad) que entonces las posadas, la Nochebuena y el Año Nuevo se acercaban y que pronto comenzarían los festejos y juegos propios de esas fechas que terminaban hasta el 6 de enero con la llegada de los Reyes Magos. El guajolotero era, pues, una especie de anticipo, un aviso de que pronto entraríamos en la mejor temporada del año: pese a las constantes visitas a la iglesia, minutos eternos de rodillas fingiendo rezar padres nuestros y aves marías para satisfacer a los abuelos, diciembre y los primeros días de enero nos hacían felices.

El vendedor lograba conducir con la ayuda de un improvisado látigo de mecate a sus pípilas (guajolotes jóvenes) por las calles: resultaba fascinante verlo manejar con destreza a la parvada, ni uno solo se separaba (como el ganado arriado por vaqueros) y todos seguían las indicaciones del látigo. Los animales se esponjaban cuando algún coche tocaba la bocina o en el momento en que un perro se acercaba a husmear y lanzaban sus ridículos ruidos, tan distantes de los gorjeos o graznidos, por ejemplo. La gente los compraba con unas semanas de anticipación para engordarlos y tenerlos listos en la cena navideña o en Año Nuevo. En casa seleccionaban cuidadosamente al animal más cebado y luego lo pasaban al patio donde comía, a sus anchas, maíz y sobras, ignorante del destino fatal que le aguardaba: en poco tiempo de tranquilidad y buena comida perdería el cuello y entraría directo al horno. El guajolotero solamente se dejaba ver en esos días previos a las fiestas navideñas, después desaparecía y volvía al año siguiente conduciendo sus animales. Por eso su aparición siempre causaba regocijo entre los niños y satisfacción entre los adultos. Era de

suponer que los demás meses el vendedor de guajolotes se dedicaba a cultivar un pedazo de tierra cercano a la capital y a criar sus aves.

Primero eran las nueve posadas. Cantábamos la letanía y rompíamos piñatas repletas de fruta, colación y confites. Había que dividirse en dos grupos: los que solicitaban posada y aquellos que la negaban. Al final todos cantábamos con entusiasmo ¡Entren santos peregrinos, peregrinos!, y la virgen María y su esposo José hallaban albergue, un momento de reposo en su largo caminar de Nazareth a Belén.

Los tíos sostenían la piñata mientras que los sobrinos (alrededor de quince) tronábamos cohetes y palomas y encendíamos escupidores y luces de bengala. Después venía la Navidad, el punto cumbre de esas festividades pagano-religiosas. En esos tiempos no había Santa Claus (o no era frecuente, menos entre los niños que teníamos padres y abuelos que provenían del campo), tampoco árbol con esferas y luces multicolores, a nadie se le ocurría poner esos lamentables villancicos en inglés con Bing Crosby en los enigmáticos discos de setentaiocho revoluciones. A cambio estaba un hermoso y poético nacimiento con delicadas figuras de barro: el Niño Dios adorado por pastores y animales, y nos ofrecían una mesa llena de platillos suculentos: sopa de Nochebuena, ensalada de Navidad, revoltijo de romeritos y tortas de papa y camarón, arroz, torrijas, bacalao, buñuelos, frutas secas, el guajolote asado en el centro y sidra, vinos espumosos y ponche para que los pequeños pudiésemos beber un poquito.

Los niños recibíamos regalos, pero ninguno tenía la simplona idea de ponerle cartitas a un señor rubicundo, gordo, vestido de rojo, que habitaba en el Polo Norte en una inmensa fábrica de juguetes manejada por enanos, según costumbres sajonas. Nuestras peticiones iban dirigidas a Melchor, Gaspar y Baltasar, los Reyes Magos, cuyas representaciones en el cielo podíamos admirar claramente en tres estrellas que marchaban juntas, rumbo a Belén, insistía mi abuela al señalárnoslas, y llevaban oro, mirra e incienso. Ellos eran las divinidades que traían patines, cochecitos y muñecas y atendían ruegos (si es que nos portábamos bien durante el año). El bullicio y la alegría terminaban después del 6 de enero, cuando deslumbrados veíamos los obsequios que nos dejaron los reyes en los zapatos y que compraron con la ayuda financiera de nuestros padres. En pocos días más comenzarían las clases y de nuevo la rutina.

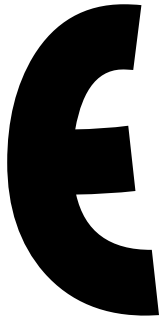
Ya no tenemos guajoloteros. Ahora el guajolote se llama pavo y lo compramos congelado en un tedioso

e higiénico supermercado del mejor estilo norteamericano; es preparado según recetas exóticas y es imposible presenciar el antiguo rito de matarlo que, francamente, tenía semejanza con los sacrificios que practicaban los primeros mexicanos: cortarle el cuello, esperar a que se vaciara de sangre, desplumarlo gracias al agua caliente y cocinarlo ante el llanto de mi hermanita que nunca se acostumbró a perder al animal que fue su compañero de juegos.

El guajolotero era en efecto un campesino de las orillas de la ciudad; venía de Coyoacán, Tlalpan o San Ángel, o de más lejos, de Xochimilco o de las faldas del Ajusco, más allá del Pedregal..., poblados que la capital se ha engullido en su feroz crecimiento. Hoy esos campesinos están convertidos en trabajadores urbanos. Sus descendientes seguramente desconocen los secretos de la vieja profesión y quizá sólo conserven en la mente el vago recuerdo de sus padres o abuelos rumbo a la ciudad conduciendo sus animales en espera de una buena venta. Para los niños de aquella época, que no contemplamos el auge de los medios de difusión, que vivimos en una capital que mantenía aires provincianos y apenas nos tocó ver alguno de los primeros y (rarísimos) aparatos televisores, cuando la publicidad y la influencia norteamericana no causaban su aterrador impacto, la presencia del guajolotero era símbolo de días animados y de tradiciones que fueron modificados por costumbres ciertamente más tontas y menos imaginativas.

LOS GLADIADORES





El cristianismo fue eliminándolos: Constantino los prohibió y en 404 Honorio los suprimió definitivamente. En los tiempos de auge del Imperio Romano los gladiadores eran esclavos o condenados a muerte o cautivos de guerra sin más alternativa que la de combatir; pero también hubo hombres libres que buscaban, junto con las emociones fuertes, gloria y fortuna. Sobre los primeros, Howard Fast ha hecho memorables descripciones en Espartaco: “-¿Qué es un gladiador? -sonrió Baciato extendiendo las manos-. No es un esclavo cualquiera, usted lo sabe, o por lo menos los gladiadores de Capua no son simples esclavos. Son gente especial. Para hacer pelear perros, usted no compra cachorros domésticos ni los hace criar por niñitas. Para hacer pelear hombres, usted quiere hombres que peleen. Hombres que mastiquen su hiel. Hombres que odien... “Y poco más adelante: “-...Al gladiador no le gusta pelear. Pelea porque usted le da un arma y le quita las cadenas. Y cuando tiene un arma en la mano, sueña que es libre..., y eso es lo que quiere, tener el arma en la mano y soñar que es libre. Y entonces se debe luchar con ingenio contra ingenio, porque es un demonio; por lo tanto, uno también tiene que ser un demonio”.

La mayoría de los gladiadores pasaba por escuelas especiales (ludi gladiatorii) y su armamento era variado. Los más comunes eran los retiarii que llevaban una red y un tridente, los mirmillones que portaban espada, cascos y escudo, y los bestiarii que se enfrentaban a las fieras, leones y tigres.

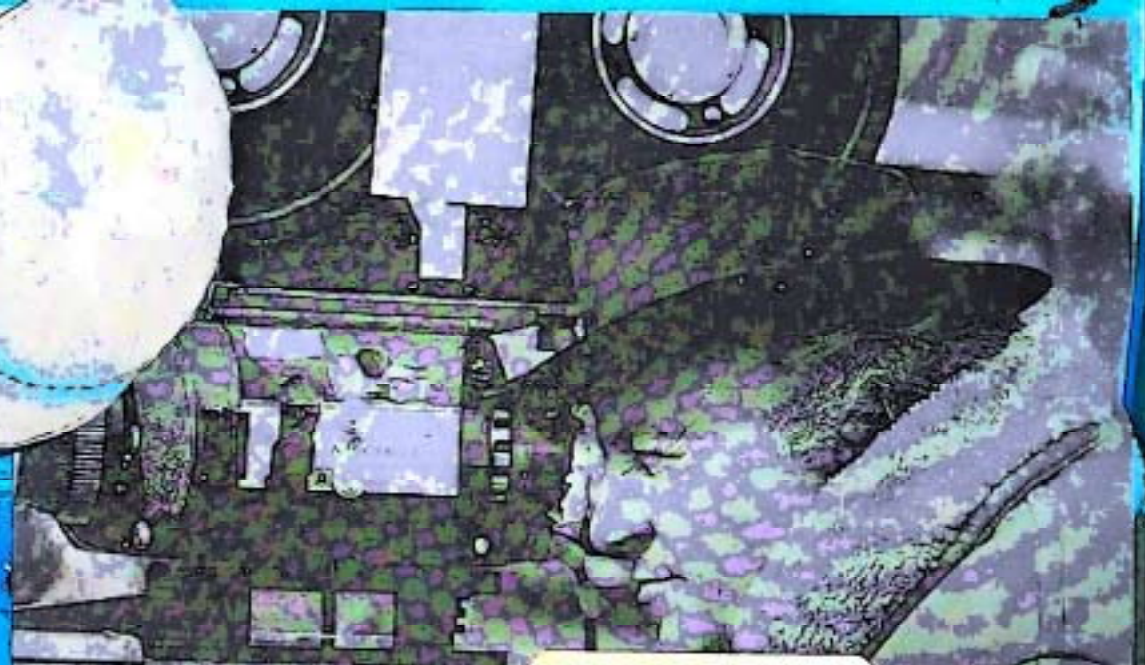
Los gladiadores acostumbraban desfilar ante el emperador y le decían: Ave, Caesar Imperator, morituri te salutant. Acto seguido se lanzaban a una lucha feroz, individual o en grupos. El vencido, de no morir inmediatamente, podía solicitar clemencia. El emperador o la multitud la concedían (si consideraban que el derrotado luchó con denuedo y valentía) con el pulgar levantado; si, al contrario, el dedo pulgar apuntaba

hacia abajo, no había perdón. Los heridos graves eran rematados en el interior de circos y anfiteatros y los triunfadores recibían honores y premios, en algunos casos la libertad.

Los gladiadores eran -no pudieron haber sido de otra forma- poderosos, inmensos, llenos de coraje, decididos a enfrentarse a otro gladiador o bien a una bestia salvaje. No eran sanguinarios sino víctimas de una sociedad cruel, que vociferaba y los estimulaba a matarse entre sí, tan sólo por diversión. Ciertos gladiadores llegaron a ser famosos y símbolos de luchas libertarias, como Espartaco, quien escapara de ese brutal oficio para emprender una de las mayores hazañas de la antigüedad: sublevar a los esclavos y con ellos mantener en jaque por algún tiempo a las invencibles legiones romanas. Pero también hubo -curiosidad histórica- gladiadoras, combatientes mujeres. Las pruebas están en dos cuadros de Vaccaro y de Ribera, ambos en el Prado.

Finalmente no podemos dejar de tomar en cuenta las deformaciones que las cinematografías de Hollywood e Italia nos han proporcionado de los gladiadores: Victor Mature y Maciste, invencibles, tirando golpes de espada y eliminando rivales por docenas, mientras que desde las jaulas del Coliseo romano llegan alarmantes rugidos de leones y gritos de cristianos. Así la cinematografía se ha entrometido en la historia y la ha empeorado para disfrute de miles de espectadores ignorantes.

LOS BUFONES



D

e aquellos enanos tullidos y “locos”, contrahechos, de estrafalaria presencia, dispuestos a cualquier indignidad con tal de divertir al rey y a sus cortesanos, de aquellos bufones que magistralmente retratara Velázquez en Baltazar Carlos y el enano y en El bufón don Diego de Acedo, no quedan sino recuerdos borrosos. La caída de las monarquías absolutas los arrastró consigo y desaparecieron por completo ante el empuje de la burguesía, Oscar Wilde y Edgar Allan Poe describieron las penas y sufrimientos de estos en “El cumpleaños de la infanta” y “Hop-Frog”. En el último cuento hay una precisión: “En los tiempos de mi relato los bufones gozaban todavía del favor de las cortes. Varias ‘potencias’ continentales conservaban aún sus ‘locos’ profesionales, que vestían traje abigarrado y gorro de cascabeles, y que, a cambio de las migajas de la mesa real, debían mantenerse alertas para prodigar su agudo ingenio”.

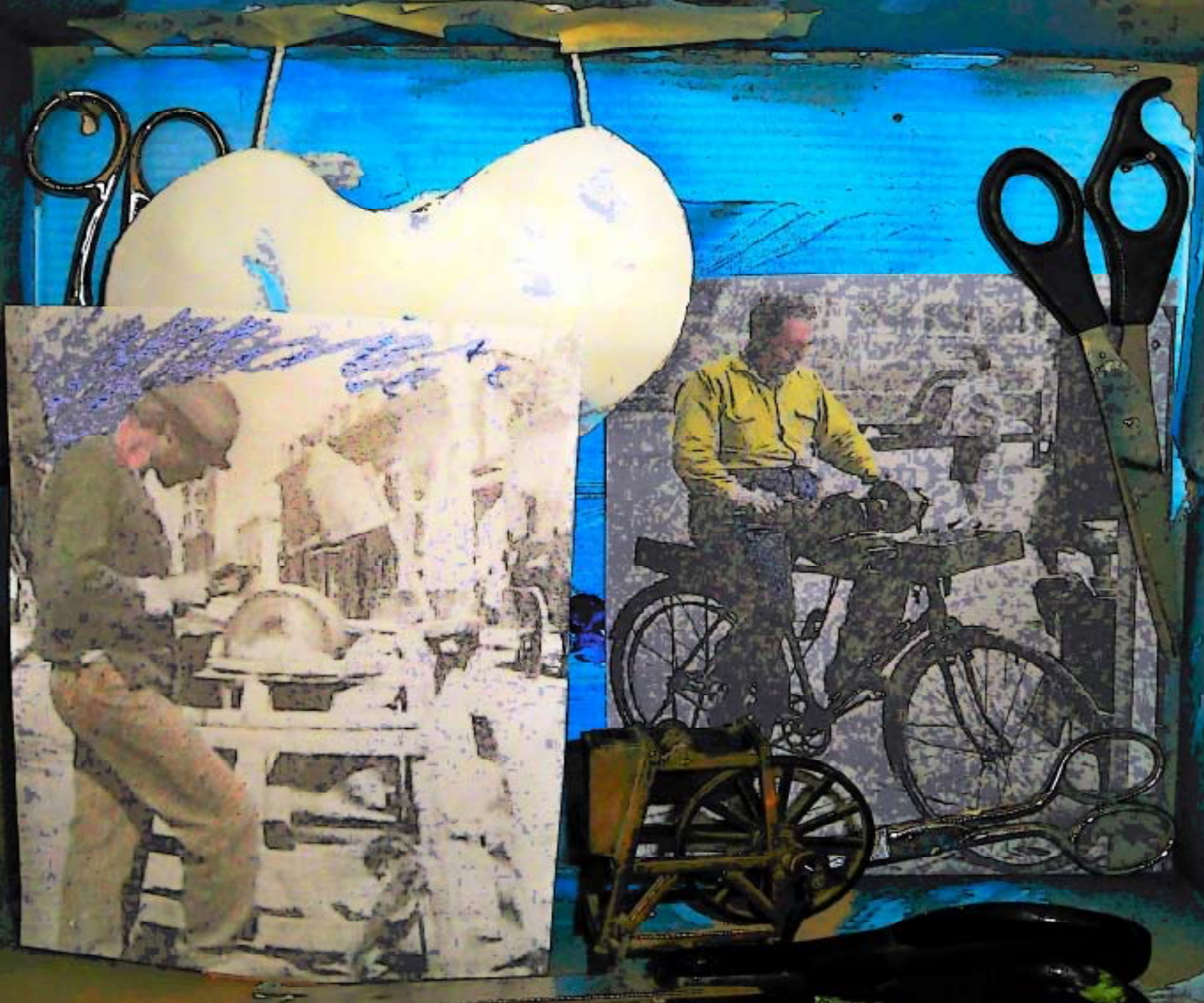
Los bufones nos legaron la palabra bufón para calificar a la persona que gusta elogiar a los poderosos. Elogiar para sobrevivir. Pero la herencia más directa de los bufones son los payasos. Son su versión democrática. Los primeros actuaban para una sola persona y su reducido séquito, los segundos trabajan para las multitudes que abarrotan el circo. Unos y otros son patéticos. Siempre hay un halo de tragedia en la cruel tarea de hacer reír a los demás. Es de esperar que del mismo modo que desaparecieron los bufones también desaparezcan los payasos. A pocos les causan risa o diversión, sólo a los espíritus simples o plebeyos. Ambos han sido graciosos por obligación, por oficio, para provocarle carcajadas al monarca o al tumulto, y en ningún caso el mérito es grande.

A muchos niños -me dicen- les agradan los payasos; sí, pero a otros no; más todavía, llegan a causarles

miedo. Cuando pequeño nunca me gustaron los circos: no entendía por qué razón se reían de unos pobres diablos vestidos grotescamente, de cara pintarrajeada, que hacían el ridículo dándose de palos; era un espectáculo triste y anormal.

Después, mucho después, el film Payasos de Fellini me explicó mi aversión por los eventos circenses, a los que debemos añadir animales enjaulados y obligados por hambre y golpes a bailar o a saltar a través de un aro llameante, y la infatigable galería de monstruos.

LOS AFILADORES



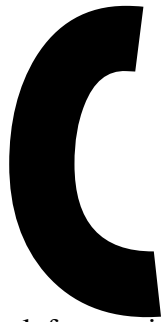
n

o sé si en todos los países existieron; iban por las calles sacándole filo a las tijeras y cuchillos de las amas de casa. En el mío los hubo por cientos. Eran hombres peculiares, como los deshollinadores de las mansiones cuyas casas suelen tener chimeneas para combatir el frío. Invariablemente marchaban sobre bicicletas que estaban adaptadas de forma maravillosa a una doble función: por un lado la del vehículo, por el otro, con mover unas palancas, era activado el mecanismo ingenioso que impulsaba una rueda gris oscura que tantos misterios encerraba para los niños al arrojar chispas en su encuentro con la hoja de acero. Cómo disfruté mirando trabajar al afilador, con destreza renovaba el filo del cuchillo de carne, moviendo el pedal y contándome sus correrías por la ciudad. [Una tía, Elia, me explicaba que los afiladores eran de buena suerte, cuando uno escuchaba su silbato anunciándose por las calles, había que jalarse tres veces el pantalón o la falda y al poco tendríamos dinero y éxito.]

Los avances, que tanto daño nos han hecho en más de un terreno, eliminaron de tajo a los afiladores al permitir que en cualquier hogar haya por una corta suma de dinero un aparato eléctrico que afila las hojas de los cuchillos y las tijeras. Por eso, al menos en mi país, el número de pordioseros es mayor. Si uno los mira fijamente, con toda la atención posible, todavía puede encontrarse en ellos la dignidad del oficio perdido; y si nos acercamos discretamente hasta casi tocarlos podremos ver que juegetean con el silbato que antes usaron como musical tarjeta de presentación. Pensemos en los afiladores con nostalgia y gratitud. Nuestros abuelos y padres estimaron mucho su actividad.

LOS CAZADORES





omo tales, no existen más, pues ya no hay galopes de cebras ni rugidos de leones y tigres; tampoco embestidas de rinocerontes y búfalos; no se escucha el grandioso barritar de los elefantes ni podemos contemplar el vuelo majestuoso de las águilas. Sin animales que matar, con la fauna salvaje eliminada de la faz del planeta, a los viejos cazadores no les queda otro remedio que contemplar avergonzados su obra destructora: pieles como alfombras, cabezas disecadas sobre la chimenea y marfil en laboriosas tallas. Quedan, claro está, en las páginas de los libros de aventuras, las hazañas de quienes ventajosamente provistos de armas de fuego mataron (cobraron, en el lenguaje de la cacería) docenas de animales. Lo justo sería que ahora apareciera un nuevo oficio: cazador de cazadores, para que estos sientan el terror que padecieron los seres que antaño exterminaron a tiros.

LOS PIRATAS





illanos o héroes, según quien trate el tema, dejaron una huella profunda en la historia. La pira-
tería es un oficio tan viejo como la primera embarcación. Las aventuras magníficas de los
filibusteros han conmovido la imaginación de millones de seres humanos y algunos literatos se encargaron
de ponerlas en libros (Salgari y Borges, por citar dos bien conocidos), ya que ellos jamás tuvieron tiempo
para narrar sus hazañas ocupados como estaban cometiéndolas. Las únicas referencias directas que hay a la
mano son los espantables relatos del cirujano Alexandre Olivier Exquemelin, quien estuvo bajo las órdenes,
entre otros, del capitán Morgan.

No hubo mar que los piratas no asolaran: el Mediterráneo vio enseñorearse a los berberiscos, el Pacífico y
el Atlántico fueron propiedad de los corsarios durante los siglos XVI y XVII, y las costas de África, China
y Polinesia y el Golfo Pérsico contemplaron los tremendos actos vandálicos de los últimos piratas en el
siglo pasado.

Según el escritor francés Gilles Lapouge los corsarios eran rebeldes al sistema, a la sociedad. “El pirata
-explica- es un hombre que no está contento. El espacio que le asignan la sociedad o los dioses le parece
estrecho, nauseabundo, incómodo. Se acomoda a él unos pocos años y después dice ‘¡basta ya!’ y se
niega a jugar el juego. Lía el petate, baja de sus montañas de Capadocia, de Escocia o de Noruega y llega
a la costa. Captura un navío o se enrola con un corsario y, con buen viento, se pone en franquía”. Sí, es
un inconforme. En este sentido, prosigue Lapouge, es viable colocar al pirata dentro del amplio espectro
que ocupa la rebeldía, “entre el gruñido de Poujade y la revolución de Lenin”. Lo confirma así al relatar
la historia de hombres que al saber de las injusticias cometidas por los españoles de América, dejan hogar,

familia y situación estable para embarcarse y navegar bajo la bandera negra de la calavera y las tibias cruzadas. Y habrá que añadir que existieron bucaneros que utilizaron los recursos de sus fechorías para intentar una utopía en donde prevalecieran la igualdad, la justicia y la libertad. También solían hermanarse entre sí, formar cofradías de amistad y solidaridad y es claro que pocos tuvieron afanes de lucro; preferían surcar los mares (su única gran propiedad) y en ellos librar fantásticos combates.

Inglaterra fue la primera nación en descubrir el potencial de los filibusteros. Isabel I repartió entre estos varias patentes de corso y libremente se dedicaron a hundir naves hispanas y a arruinar la economía del inmenso imperio español, con la conciencia tranquila, siguiendo la máxima de que ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón (nadie podrá olvidar que sus galeones iban repletos de metales preciosos extraídos a costa de la vida y la sangre de los nativos americanos). Efectivamente, Inglaterra supo explotar la rebeldía pirata. Por ejemplo, Francis Drake recibió el título nobiliario de manos de la reina y el sobrenombre de “el almirante dorado” de boca popular.

68

Después otros países se apresuraron a seguir a los ingleses. Fue el apogeo de la piratería y Tortuga la capital de un reino que no conocía límites. El coraje y la audacia eran los blasones. Como resultado de eso, hoy algunos monarcas y presidentes todavía tienen entre sus facultades la de conceder patentes de corso. Naturalmente esto es una antigualla inaceptable por el derecho moderno y ningún jefe de Estado, por desquiciado que esté, se atrevería a concederla.

Cuando la piratería no fue útil a los gobiernos, comenzaron a estorbarla las leyes y a perseguirla despiadadamente. Los piratas desaparecían en cadalsos y calabozos. Pasaron entonces a formar parte de las leyendas, las cuales les pusieron un aspecto desastroso: ropas de hilachos y una rusticidad a toda prueba. La verdad es que la piratería fue un oficio de la mayor dignidad y los bucaneros (y las bucaneras) buscaban vestirse con elegancia, sólo que los fragores de las batallas no siempre lo permitían. Los parches para cubrir la cuenca de un ojo vacío, las patas de palo, los garfios en lugar de manos, tampoco fueron tan frecuentes como muchos creen. En todo caso, la pérdida de miembros fue normal entre los marineros.

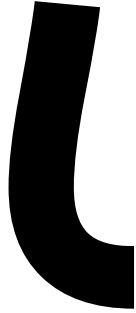
Otro gran mito es el que nos pone frente a un pirata que entierra un tesoro en una isla solitaria y luego confecciona un mapa que finalmente perderá para que otro lo encuentre y se haga rico. Los corsarios derro-

chaban cuanto dinero obtenían y si alguno escondió joyas y doblones de oro, más que espíritu de filibustero tenía alma de hombre de negocios.

Los años de la segunda mitad del siglo XX no permiten la existencia del pirata según lo conocemos. Pero eso no significa que hayan desaparecido totalmente. Ahora son grupos de revolucionarios o marginados que no hallan la forma de combatir al sistema y se lanzan a empresas demenciales. No asaltan buques, son aviones modernos los que abordan por diversos métodos y los obligan a ir de un sitio a otro, como medida para presionar a un mal gobierno a tomar ciertas actitudes más benévolas. El lenguaje actual los denomina aeropiratas.

LOS DOMADORES





Los dos últimos domadores que quedaban en el mundo salieron a la pista del circo. Protegido por fuertes rejas el público aplaudió al contemplar sus estupendas figuras.

Pero el mayor entusiasmo lo suscitó la aparición del león que con una vestimenta parecida a la del cazador, una pistola al cinto, un látigo en la garra derecha y una silla en la izquierda procedió a efectuar su trabajo. En primer lugar, con valentía y habilidad, hizo que los domadores se treparan a sus respectivos bancos y allí saludaran con ambas manos.

El león restalló su látigo otra vez y el espectáculo adquirió toda su intensidad: los domadores corrieron por la pista y enseguida, apenas con una transición indicada con un rugido, cruzaron casi volando a través de aros llameantes.

Por último, el acto más peligroso: el león se atrevió -mientras un redoble de tambores contribuía a que la gente aguantara la respiración- a meter la cabeza melenuda dentro de las fauces del domador que gruñía con más fiereza.

Una vez que el número concluyó, el león efectuó una amplia reverencia para agradecer la estruendosa ovación y condujo a los domadores a sus jaulas.

Ya lejos de las miradas curiosas, el león dio instrucciones para que dos mozos atendieran y alimentaran a los domadores: era indispensable cuidarlos: constituían ejemplares únicos y había costado mucho esfuerzo amaestrarlos.

El león les echó una mirada más a sus domadores.

Lástima que ambos pertenezcan al sexo masculino -dijo en voz alta suspirando con cierta tristeza-, de lo contrario podrían reproducirse.

LOS hÉROES

—Retíradal —gritó el oficial que mandaba las tropas—
Abandonen las armas y huyan!

Los componentes del ejército se dispersaron a la desbandada
en todas direcciones, procurando escapar de los tres extra-
terrestres que presenciaban el interior del depósito de oro.

—¿Qué les ha pasado a los soldados?

—No dejéis de avanzar, mientras cargamos las armas.

—No dejéis de avanzar, mientras cargamos las armas.

—¡Abaced!



A

ntes de nuestra era aparecieron unos cuantos en las mitologías y en las religiones. Más tarde se dieron por millares tanto en la literatura como en el teatro y luego en el cinematógrafo, convirtiendo la heroicidad en un oficio frío. Siempre eran hermosos, fuertes, bondadosos, sin defectos ni pasiones, personificaban el bien-por-encima-de-todo- y-a-cualquier-precio; se enfrentaron a bestias feroces, a monstruos descomunales y a villanos intolerables y jamás sacaron un rasguño. Las muchachas hermosas eran parte del premio por su quehacer exitoso. La verdad es que resultaban bastante monótonos pese a la envidia que nos causaban.

Como si con ellos no fuese suficiente aparecieron los superhéroes: volaban, eran invulnerables, podían permanecer bajo el agua el tiempo que les diera la gana y viajar por el espacio sin oxígeno. En términos generales los superhéroes resultaban asexuados, lo cual no importaba para que las heroínas se enamoraran de Superman o de Batman, sin escuchar nuestras súplicas ante un libro o una pantalla.

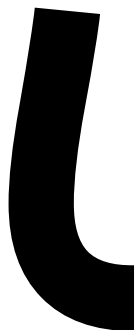
Sin embargo, de esos héroes y superhéroes sólo unos cuantos pudieron sobrevivir merced al entusiasmo de los productores cinematográficos y a la buena memoria de lectores ociosos; los demás, a pesar de sus poderes, no tuvieron los arrestos para llegar hasta nosotros. Lo interesante de estos héroes y superhéroes es que sus creadores invariablemente eran tímidos, reservados, tartamudos y físicamente débiles y feos, lo contrario de sus fabulosos y legendarios personajes. Después de miles de años de héroes y superhéroes, de Hércules y Ulises a Tarzán y James Bond, pasando por Jesucristo, Aquaman y Flash Gordon, la humanidad se fastidió de ellos y los arrojó -no a todos, ya lo advertimos- al cesto de papeles inútiles. En su lugar puso las bases para que nuevos autores inventaran a los antihéroes. Suelen ser tipos comunes y corrientes, prosaicos, sin ningún chiste y en ciertos casos extremos llegan a estar tullidos o gordos y feos

o ciegos o paralíticos o mancos. Tales defectos no estorban, también son capaces de grandes hazañas. Lo malo del asunto es que los antihéroes son parodias de los héroes y no su cabal antítesis. De cualquier manera, y esto es intolerable, suelen quedarse con la hermosa joven de la novela, la película o el programa de televisión.

Total, héroes y superhéroes van, antihéroes vienen y nosotros, los modestos mortales, los tipos espantosamente normales, nunca cometemos más conquista que la de sobrevivir sin mayores problemas. Lo peor es que ni por accidente nos caen en los brazos las mujeres bellas, ocupadas como han estado suspirando por los héroes, los superhéroes y los antihéroes.

LA NUBE VIAJERA





La pequeña y graciosa nube vio que formaba parte de otra nube, al menos estaba muy junto a ella y a otras más, supuso, eran su familia, pues tenían un color semejante y las caracterizaba el buen humor. Era un cirrocúmulus que estaba a unos diez mil metros de altura y que los niños creen que se trata de un ejército de entusiastas y nada combativos borreguitos, y que algunos, más imaginativos, juegan a descubrir formas de otros animales o rostros de personas amadas o detestadas.

La pequeña nube sentía deseos de librarse y como pudo comenzó a zafarse. Hizo esfuerzos, pujó y pujó fuerte (¡uf, uf, uf!) y al fin lo consiguió. Miró hacia abajo y vio que de un lado había tierra y del otro mar. Si hubiera sabido geografía, se habría dado cuenta que había nacido sobre Chile y si conociera literatura se hubiera percatado de que aquel punto que se veía cerca del mar era Isla Negra, el hogar del gran poeta Pablo Neruda. Pero no, era muy chiquita para saber tanto. Miró a su alrededor: sus familiares no parecían inquietos, a lo sumo se dejaban mover por unos vientos dulces y gratos, de una frescura extraordinaria. Pensó: “¿Cuánto nos faltará para caer sobre la tierra?”

A ella no le gustaba la idea de tan pronto convertirse en lluvia. Además, quería viajar, quería conocer otras tierras, nuevos mares, ver mundo. Y, decidida, la joven nube se fue separando de su familia y comenzó a volar hacia el norte. A veces lentamente, otras, con mayor rapidez estimulada por vientos favorables. Sobre las zonas verdes de los Andes, la nube descendió un poco. ¡Cuántos árboles y cuántas montañas cubiertas de nieve los protegen! Gracias a su buena vista, distinguía ardillas, conejos y llamas, zonas cubiertas de flores y en ocasiones algún pastor. De pronto, nuestra amiga se encontró con pesadas nubes gigantescas, grises y negras, cargadas de agua, de rayos y truenos amenazadores. Le dieron miedo. La pequeña, precavida, se alejó de lo que sería una tormenta.

Más adelante, cuando pasaba sobre una gran zona desértica, a la altura de Bolivia, sintió que perdía fuerza, que empezaba a evaporarse, que se debilitaba y perdía humedad. Le dio mucha sed, pero no había ninguna otra nube ni agua en la tierra que le proporcionara ayuda. Únicamente un sol terrible que la aterraba. Trató entonces de apresurar el paso y haciendo un esfuerzo se alejó del lugar.

De tal forma llegó a un territorio montañoso en cuyas puntas había ruinas prehispánicas incas y poco más adelante le asombraron unas figuras descomunales y extrañas, animales de una zoología gigante para ser contemplada desde las alturas: era Nasca. Pero tampoco sabía antropología y siguió su camino.

El paisaje volvió a cambiar. Abajo había agua y montañas frescas y verdes, y arriba, legiones y legiones de nubes: algunas eran blancas como el algodón, otras azules y no faltaban las malhumoradas de tonos grises que despedían algunas descargas eléctricas sin mucha presunción. Para sentirse segura y reponer sus fuerzas, la pequeña nube se colocó junto a las blancas y risueñas, aquéllas que sonreían al verla y la saludaban con cordialidad. Una, nada tímida, la interrogó:

—¿Adónde vas?

—A viajar, quiero ver cómo es el mundo. Luego de un rato, ya que recuperó sus fuerzas, la nube se despidió. Pudo notar que el viento las conducía en sentido contrario a su camino.

—¡Adiós, adiós!

En un momento de su viaje se sintió nerviosa, no lograba ver más que agua, un mar que cambiaba de tono, que a veces era verde y otras tenía distintos matices de azul. Se sintió preocupada, no fuera a toparse con algún ciclón o un terrible huracán que la hiciera llegar a tierra con violencia y la estrellara en una montaña. No sólo ello. Le molestaba la posibilidad de contribuir a la destrucción de alguna población. Para su fortuna, nada de eso ocurrió y la nube pasó sobre un canal muy extraño, algo que le pareció artificial. ¡Ah!, si la pobre supiera geografía e historia, hubiera podido darse cuenta de que se trataba del canal de Panamá, pero no había tenido tiempo para informarse con sus padres y desgraciadamente en el cielo no existen escuelas para nubes. Ya en América del Norte no tuvo problemas: pasó por México y vio ballenas y delfines, páramos agrestes, montañas llenas de pinos. Miraba un paisaje cuando comenzó a sentir cosquillas y se rió, se rió mucho sobre todo al percatarse de que eran producidas por miles y miles de mariposas monarca en ruta

de primavera. Cruzó hacia Estados Unidos y vio altas montañas, valles inmensos y ciudades que de noche le producían una sensación de temor. Definitivamente le gustaban más las creaciones de la naturaleza que las humanas, pensó cuando distinguió el soberbio Gran Cañón.

Luego de pasar sobre Alaska, la pequeña nube comenzó a sentir nostalgia del lugar donde nació, de sus gozosos familiares.

Pero le quedaba un grave problema, había descubierto que el mundo era redondo y que le faltaba cruzar el Polo Norte. Subió más aún y lo contempló: era deslumbrante y aterrador, apenas veía uno que otro oso blanco y algunos pingüinos. “¿Y si me congelo y caigo al suelo o si quedo atrapada en esas soledades frías e inmensas y termino como granizo?”, pensaba con bastante miedo, más pequeña ante la zona que debería cruzar. Ya había viajado demasiado para su tamaño.

Había visto muchas veces al poderoso sol cederle el lugar a la gentil luna y a sus amigas las estrellas. Cerró los ojos y descansó, mientras que las gaviotas volaban con elegante desgaro y los pelícanos lo hacían de manera torpe y desgarbada. Al día siguiente decidió regresar a casa por la misma ruta.

Así lo hizo. La nube viajera volvió por el camino que ya conocía y saludó a las montañas y los lagos y los ríos que ya eran sus amigos.

Durante el vuelo de regreso meditó en todas aquellas maravillas que había visto. Ya no era una nube sencilla y rústica, ahora era una nube cultivada, que sabía muchas cosas y que había visto medio mundo.

De pronto, algo interrumpió la placidez de su viaje. Un huracán se presentó de improviso. Era terrible, rugía, agitaba el mar y derribaba árboles y palmeras, destruía casas y hacía que animales y personas huyeran despavoridos. Nuestra amiga no pudo hacer mucho. Se vio atrapada y, como lo había temido, fue sacada de su ruta. Sin embargo, tuvo buena suerte. El huracán se descuidó y se abrió un pequeño hueco donde los vientos soplaban con menos violencia y por allí logró escabullirse. Qué alivio, había escapado milagrosamente y aunque estaba un poco maltrecha, ya tendría tiempo para reponerse sobre las aguas tibias de su casa. Así que siguió su camino.

Cuando al fin llegó, descubrió que no había ninguna nube. Sus familiares habían desaparecido. Miró angustiada a su alrededor: no había nadie, estaba completamente sola. Abajo había bullicio, la gente recorría

las playas y los caminos estaban transitados por vehículos. No supo qué hacer. Una garza pasó a su lado volando con lentitud.

—Hola— le dijo la pequeña nube esperanzada.

—Hola— le contestó la garza un tanto extrañada de encontrar una nube en esa temporada del año.

—¿No has visto unas hermosas nubes blancas que vivían en este sitio? Son mi familia.

—Claro, aquí estuvieron hace meses, pero en tiempo de lluvias cayeron a tierra— repuso la garza en tono doctoral. La nube entendió y comenzó a llorar suavemente, mientras la garza continuaba volando.

Abajo, un niño les dijo a otros:

—Miren, qué raro, una nube.

Y todos la saludaron porque se veía muy sola en aquel cielo azul con un sol tan brillante. Sintieron que les caía al rostro algo de rocío, un poco de lluvia.

84

Si los niños hubieran conocido la historia de la inquieta nube viajera, se habrían dado cuenta de que estaba llorando y que de este modo moría lentamente, pensando en su familia perdida e imaginando que así podría repetir el ciclo de vida de las nubes y, ya en tierra, convertida en agua cristalina, volver a subir estimulada por el sol para transformarse otra vez en una nube alegre y juguetona que no se alejaría más de sus padres.

Santiago de Chile, 16 de noviembre de 1997

Esta obra se terminó de imprimir

